

El panteón de los héroes

Amir Valle

SON LAS CINCO DE LA MAÑANA Y LA CIUDAD LO VE PARTIR ENTRE LAS SOMBRAS que se diluyen con los primeros vestigios de la luz. Arrastra una carretilla de madera con ruedas hechas de cajas de bolas metálicas extraídas de algún motor desechado y se pierde en las calles de la Habana Vieja. Hace calor. Tras sus gafas negras, que se quita cada dos o tres cuerdas para secarse el sudor de la frente con un pañuelo manchado y roto, uno de los ojos se distingue claramente marcado por esas arrugas en el lóbulo que denuncian la vejez. El otro ojo parece de vidrio o con la estática frialdad de lo muerto, de lo vacío. Es negro el viejo, fornido, y sus músculos se tensan, aún duros, mientras la carretilla avanza hasta desembocar justo frente a la Terminal de Trenes.

El tren Santiago-Habana acaba de llegar cuando el viejo parquea en la acera, a escasos metros de la puerta de salida de pasajeros. Entonces su voz ronca, como naciendo de un disco rayado y sucio, anuncia: «¡Vaya, carretilla a Centro Habana, Habana Vieja, Cuatro Caminos! ¡Vaya, todo por diez pesos!», en una cantinela que se va apagando a medida que los pasajeros recién llegados a la capital deciden irse en las guaguas que pasan, en las máquinas de alquiler o en los bicitaxis particulares, casi nunca recurriendo a los viejos carretilleros a pesar de sus gritos y pregones. Esperan allí todo el día y se van tristes, como manchas apagadas, cuando ha llegado el último tren, soñando con mejor suerte la próxima mañana.

Todavía las sombras se posaban sobre el viejo esqueleto despintado de la Terminal de Trenes cuando fuimos a buscarlo. De todas las carretillas, la suya parecía la más fuerte. Eso pensamos. Construir una barbacoa en mi casa de Centro Habana me había llevado junto a mi padre justo frente a un vetusto edificio cerca del muelle La Coubre, donde décadas atrás habían explotado al barco francés que traía armas para la triunfante Revolución Cubana. De allí sacaríamos las tablas de madera dura que formarían el piso y las vigas que sostendrían la barbacoa, donde yo podría instalar mi cuarto para no seguir durmiendo con mi esposa en la sala. Bulté, un marinero amigo de mi padre, las había sacado años atrás de algún barco hacia la azotea de su apartamento en aquel edificio. Sería su regalo para hacer habitable la casa recién comprada. Y a caballo regalado... ya se sabe, sobre todo en una ciudad donde un tronco de dos metros andaba por los ochenta pesos, si aparecía.

El viejo nos miró detrás de sus gafas negras y sonrió: «Nada antier, nada ayer, tampoco hoy parece ser un buen día», adivinamos en las arrugas de su

cara, y lo vimos seguirnos, siempre callado, el paso lento, como de animal cansado, la carretilla trepidando a sus espaldas, trastabillando y trabándose en los baches de la Avenida del Puerto.

Una soga de atraque y los nudos de marinero de Bulté fueron colocando palos y tablas encima de la carretilla del negro viejo, que observaba sentado las maniobras desde la acera de enfrente. Cuando el último tronco se posó, al parecer suavemente sobre el resto de la carga, la carretilla traqueó y se abrió de patas como un mulo muerto.

Sólo recuerdo la carrera del negro desde su sitio en la acera hasta los restos aplastados de su carretilla; su único ojo humedecido por algo que estalló en un llanto ahogado, bajo, como un sonsonete. Lo recuerdo arrodillado, los mocos saliendo de su nariz llorosa, su voz ronca trabada en la letanía de un sollozo: «aymimadrepорqué aymimadrepорqué». Luego su cabeza que se levanta, su mirada clavada en la cara de mi padre, una mueca desolada detrás de sus negras arrugas, ahora más profundas: «todopordiezpesoscoño, todopordiezpesoscoño...».

Desmontamos toda la madera, y mi padre, carpintero ebanista de oficio, fue devolviendo miembro a miembro la forma a la carretilla. Fortaleció sus patas con un triangular de hierro. Endureció el lomo con una madera lisa, recia. Clavó, atornilló, cepilló. El mediodía vio nacer a la nueva bestia de carga que el negro viejo acarició, sonriendo a veces, gimoteando otras, soplando los mocos las más, respirando aliviado cuando la mole de troncos y tablas volvió a su sitio y las ruedas comenzaron a moverse ligeras, rodando contentas en su grasa nueva, ahora tiradas por mi padre o por mí, mientras atravesábamos toda la Habana Vieja para salir por Zanja directo hasta nuestra casa en Centro Habana. Lo veíamos caminar detrás de nosotros, siempre en su paso lentísimo, alcanzándonos a carreritas cuando nos alejábamos mucho, mirando temeroso cómo su carretilla, oronda, fuerte devoraba metro a metro la distancia.

Eso recuerdo. Y después mi padre preguntando: «¿cuánto le debo, hermano?», y la mirada del viejo hacia la carretilla todavía oronda, fuerte, ya despojada de la carga. Luego su sonrisa, aliviada pero triste, tímida: «son diez pesos, mayor». Y mi padre que sube las escaleras y baja en unos minutos. «Aquí tiene, hermano», dice, y le extiende unas gafas negras marca Ferrari, nuevas, que el viejo toma y observa asombrado, indeciso, temblorosos sus grandes dedos: «Gracias, mayor», masculla, se quita las que ha llevado hasta el momento, con las patas amarradas por torniquetes de alambre de cobre, y se coloca las nuevas. Después sonrío.

Cuando mi padre intentó darle cien pesos por el trabajo, no los quiso. Son «diez pesos, señor», repetía, y tuvimos que insistir mucho y echarle el dinero en el bolsillo de su viejísima guayabera de color indefinido entre el blanco y el carmelita. Se fue agradeciendo bajito y tocándose el bolsillo como con un tic nervioso, siempre la carretilla, ahora ligera, trepidando a sus espaldas, siempre su paso lento, cansado.

Iba a perderse en la esquina de Oquendo hacia Carlos III cuando volví a sentir la voz de mi padre: «Hermano», dijo, «¿puedo hacerle una pregunta?».

Lo vi asentir, sonriendo. «¿Usted es el Güije Rodríguez, verdad?». Y vi al negro viejo hinchar el pecho, alzar la cabeza, el orgullo brotando aún detrás de sus gafas nuevas: «Sí, soy el Güije Rodríguez», contestó.

Hace muchos años conoció la fama, el dinero, viajó por el mundo. Fue amigo de Kid Chocolate, otro gran campeón. Ahora vive al lado del Hotel Isla de Cuba, en la calle Reina de La Habana, en un cuarto oscuro con las paredes llenas de amarillentos recuerdos de su carrera deportiva. Es de Cienfuegos. Hace unos años lo llevaron a la Perla del Sur y le dieron el Escudo de la Ciudad. Lo declararon «Cienfueguero ilustre». Diplomas. Flores. Papeles. Fotos. Más nada.

El Güije Rodríguez, una de las glorias del deporte cubano, por las madrugadas sigue halando su carretilla hacia la Terminal de Trenes. Su mala facha y su cuerpo de rufián, casi gritado por ese ojo abofado que intenta esconder detrás de sus gafas, ahuyenta a la mayoría de los posibles clientes. Las más de las veces, cuando ha llegado el último tren y cae la noche, regresa cansado, sudado y hambriento, la carretilla trepidando a sus espaldas, vacía, como los bolsillos.

